

Luis fué mártir oculto; porque el que os conoce, mi Dios, os conoce tan grande y tan amable, que es un verdadero martirio ver que no os ama tanto como desea amaros, y que léjos de ser amado de las criaturas, seais ofendido. Fué tambien mártir, porque él mismo se atormentó mucho. ¡O cuanto amó Luis en el mundo! Por eso goza ahora de Dios en el cielo con una plenitud de amor. Cuando estaba en esta vida mortal continuamente lanzaba flechas de amor al corazón del Verbo; ahora que está en el cielo vuelven estas flechas hácia el mismo corazón, y se mantienen clavadas en él, porque los actos de amor y de caridad que hacia entonces le causan una estremada alegría.» Dichas estas palabras enmudeció la Santa por un rato, teniendo fijos los ojos en el cielo, y despues exclamó: «Yo quiero aplicarme á ayudar á las almas, para que si alguna de las que ayudáre fuere al cielo, ruegue á Dios por mí, como lo hace Luis por todos aquellos que le hicieron este beneficio.»

SAN RAIMUNDO, OBISPO DE BARBASTRO.

SAN Raimundo, decoroso ornamento del órden episcopal, tan celebrado por su eminente virtud, como por la heroica paciencia con que toleró el violento despojo de su cátedra, nació en Durban, pueblo del obispado de Tolosa, de la ilustre casa de aquellos condes. Aplicáronse sus padres á darle una educacion tan propia de su piedad, como de su ilustre nacimiento; pero su bello natural y su inclinacion á lo bueno, facilitaron mas que todo el efecto de sus buenos deseos. Quisieron que siguiese los estudios; pero luego que adquirió algunos tenues conocimientos en las letras, le dedicaron á la carrera militar, por ser aquel ejercicio muy frecuente en los jóvenes de sus circunstancias; y no siendo aquella profesion para la que Dios tenia elegido á Raimundo, le inspiró que volviese á continuar el estudio. No se resistió un punto á la vocacion del cielo el devoto mancebo, y como se hallaba dotado de unos talentos extraordinarios, juntando con ellos una suma aplicacion, hizo en muy breve tiempo grandes progresos en las ciencias, y nada inferiores en la virtud; mas como sus deseos no eran otros que dedicarse enteramente al servicio del Señor, habiendo abrazado el estado eclesiástico, ascendió por sus relevantes méritos á la dignidad del sacerdocio. Luego que se vió revestido del sagrado carácter, solo pensó en hacer una vida mas perfecta; y empeñando para el logro de este fin todo su fervor y toda su eficacia, se distinguió entre todos los clérigos por la ar-

reglada circunspeccion de sus costumbres, por su singular piedad, y por su grande sabiduria.

Quisieron los canónigos de S. Saturnino de Tolosa tener á la frente una persona tan recomendable como Raimundo, y para ello le eligieron prior de aquel ilustre cabildo, bajo el concepto de que daria mucho lustre á su iglesia. No salieron frustradas sus esperanzas, pues con el nuevo empleo adquirió nuevo esplendor la virtud del célebre sacerdote, sirviéndole de estímulo para aumentar su fervor y para que tuviesen mas estension los ardorosos impulsos de su zelo verdaderamente apostólico. Habiale Dios dotado con el don especial de atraer á muchas gentes á verdadero conocimiento con sus sabias y con sus amorosas exhortaciones, y haciendo uso de esta gracia especial, convirtió innumerables pecadores, ya con sus conversaciones familiares, ya con sus elocuentes predicaciones; en cuyo ministerio trabajó infatigablemente algunos años, correspondiendo el fruto á la actividad del zeloso operario, que solo pensaba en su propia santificacion, y en la del pueblo, siendo siempre eficaces sus exhortaciones, porque siempre iban acompañadas con el ejemplo.

Esparcióse la fama de las eminentes virtudes de Raimundo no solo por el territorio de Tolosa, sino es por todas las provincias inmediatas; y habiendo vacado la silla episcopal de Barbastro, fué promovido á aquella cátedra, hallándose muy distante de apetecer honoríficos empleos. No fué tan fácil el consentimiento del ilustre prior, como habia sido la eleccion, pues se mantuvo inflexible á las mas fuertes instancias de los electores, sin que le obligasen los respetos del rey D. Pedro de Aragon, con cuya aprobacion se hizo el nombramiento. Crecian al paso de la repugnancia del Santo, los deseos de los interesados en la admission, y viendo frustrados cuantos medios estimaron precisos para obligarle, lo condujeron con violencia á Barbastro, entronizándole con universal aclamacion de todo el pueblo.

No ignoraba Raimundo los formidables cargos de la dignidad episcopal, y lleno de confianza en aquel Señor que se la cargó sobre sus hombros, esperanzado en la divina piedad que le daria todas aquellas luces y todas las fuerzas necesarias para cumplir fielmente con todos los deberes de su alto ministerio, comenzó á ejecutarlo con aquella vigilancia y con aquella solicitud que exige el Apóstol en los prelados colocados en el candelero de la Iglesia. Visitó su obispado personalmente; y cada visita no era como quiera una reforma, sino una visible trasformacion de las costumbres de los pueblos. Apacentó sus ovejas con los abundantes pastos de la doctrina cristiana, plantó en ellas las virtudes

que enseñaba mas con el ejemplo que con sus sabias exhortaciones, y aplicó todo su esfuerzo á desarraigar los vicios que afeaban la hermosura de la Iglesia; y cuando otros obispos tocados de la raíz de todos los males, que es la codicia, solicitaban atesorar riquezas, valiéndose Raimundo de la oportunidad que le ofrecian aquellos calamitosos tiempos, se portaba muy al contrario, buscando solo como zeloso pastor las cosas pertenecientes al servicio del Señor y á la salvacion de sus ovejas, cuyos oficios practicaba con tan maravilloso desinterés, que parecia serle característica la pobreza evangélica.

Seria una especie de prodigio si una virtud tan eminente como la de Raimundo estuviese exenta de la prueba de la persecucion. Aquella armoniosa union que reinaba entre el pastor y el rebaño se turbó por el artificio del infierno, sobre cuyos dominios hacia cada dia el insigne prelado nuevas conquistas para Jesucristo. Desagrado mucho al enemigo comun así la solicitud pastoral, como los grandes frutos que hacia el Santo cada dia, y enfurecido contra él, desplegó todas las máquinas de su diabólica astucia. Incitó á Estéban, obispo de Huesca, hombre de una insaciable codicia, para que á pretexto de ciertos derechos imaginarios inquietase al santo obispo en la posesion pacífica de su silla: adoptó Estéban un pensamiento tan indigno, y habiendo entrado con mano armada en Barbastro, valiéndose del favor que le dispensaba Alfonso, rey de Aragon, prendió á Raimundo en el mismo altar, y le espelió ignominiosamente de la ciudad. Sufrió el siervo de Dios con indecible paciencia aquel execrable insulto, y saliéndose á pié de Barbastro, le siguió su amado pueblo, hasta los judíos y los gentiles, llorando todos amargamente la desgracia que tan injustamente se le ocasionaba. Llegó el ilustre prelado á un pueblo de su diócesi con la comitiva que le acompañaba; predicóle con aquel fervor y con aquel zelo que era propio de su carácter, y volviéndose hácia Barbastro, esculpó á Estéban por invasor y por espoliador sacrilego contra las reglas prescritas en los sagrados cánones.

Retiróse el Santo á Roda, que tambien era iglesia suya, en virtud de la union que hizo de ella con la de Barbastro el rey D. Pedro de Aragon en el año 1101, cuando la recuperó del poder de los mahometanos. Apelo sobre el enorme atentado á Pascual II, que por entonces regia la cátedra de S. Pedro; y sintiendo el papa el sacrilego despojo, escribió al invasor, abominando el indigno procedimiento, y mandándole que dentro del preciso término de dos meses diese á Raimundo la satisfaccion que era debida, bajo la pena de suspension de todas las

funciones de su oficio. Asimismo escribió al rey Alfonso de Aragon en tono bastante sensible, quejándose del auxilio que habia dado al de Huesca para un arrojado tan temerario; amonestándole que jamás permitiese el que se invadiesen los términos señalados respectivamente en las iglesias, los que en el presente caso se hallaban prescritos por los gloriosos reyes su padre y su hermano con aprobacion de la Santa Sede. No tuvieron el deseado efecto las letras apostólicas durante el despojo de Raimundo, que se ocupaba en Roda en santas vigiliass, en rigurosos ayunos y en asombrosas penitencias; y electo obispo de Ribagorza, dispensó el ministerio con el mismo zelo y con la misma vigilancia pastoral que se portó en Barbastro.

Pasó Raimundo á Zaragoza por causa de ciertos negocios urgentes, y fué recibido del obispo y de los canónigos con aquellas demostraciones de amor y de respeto que eran debidas á su eminente virtud. Quedó admirado al ver tanta caridad en una iglesia recién conquistada del poder de los agarenos; y rogando á aquel ilustre cabildo que le hiciesen participante de sus beneficios piadosos, lo ejecutaron así con la mayor complacencia: desde cuyo tiempo tuvo principio la confraternidad que hasta el dia se conserva entre los canónigos de Zaragoza y Roda. Pidieron con este motivo los de Zaragoza á Raimundo, que les diese alguna parte de las reliquias de S. Valerio que estaban en la iglesia de Roda; y conociendo el Santo lo justo de la súplica, les concedió un brazo de aquel insigne prelado, que se trasladó á Zaragoza en el año 1118 con imponderable gozo de todos los ciudadanos.

Crecia cada dia la fama de la eminente santidad de Raimundo; y pesaroso el rey Alfonso de Aragon de haber dado auxilio para que se le despojase de su cátedra, quiso darle pruebas de su arrepentimiento y del alto concepto en que le tenia. Determinó aquel valeroso príncipe, conocido por el glorioso título de Batallador, penetrar hasta lo mas remoto de Andalucía, con el noble objeto de espeler á los moros de aquella fertilisima provincia; y para que Dios echase la bendicion sobre sus armas, determinó llevar á Raimundo en su compañía, á fin de que le ayudase con sus poderosas oraciones, y que animase al ejército con sus zelosas predicaciones. Obedeció el santo prelado, olvidándose de las injurias que el rey le habia hecho, como verdadero discípulo de Jesucristo: llegó Alfonso á Málaga, despues de los innumerables trabajos que padecieron sus tropas en una marcha tan dilatada: salió á contener sus ímpetus una innumerable multitud de agarenos; y orando Raimundo como otro Moisés,

mientras peleaban los soldados, conocieron todos visiblemente que los progresos felices de aquella empresa tan ardua eran debidos mas á las fervorosas oraciones del Santo, que al poder de las armas.

Volvió el ilustre prelado de aquella expedicion con orden del rey Alfonso, para que se le restituyese en la silla de Barbastro: vino indispuerto todo el camino, y agravándose la enfermedad luego que llegó á Huesca, dió aviso del peligro en que se hallaba á los canónigos de Roda. Recurrieron estos inmediatamente á visitar al santo obispo, y si fué grande el gozo que tuvieron con verle, fué sin comparacion mayor la pena, conociendo que estaba en inminente peligro. Creció la indisposicion de dia en dia; y habiendo recibido los últimos sacramentos con aquella devocion que era propia de un hombre tan ejemplar, murió tranquilamente en el dia 21 de julio del año 1126, despues que dispensó el ministerio episcopal como un verdadero sucesor de los Apóstoles por espacio de veinte y un años, ocho meses y veinte dias. Depositóse el venerable cuerpo del ilustre prelado en la iglesia de Roda; y queriendo el Señor hacer célebre su sepulcro, obró muchos prodigios en favor de los que concurrían á visitarle.

Sintió Estéban, obispo de Huesca, despues de la muerte de Raimundo el sacrilego atentado que habia cometido, y movido del remordimiento de su conciencia, se condujo á Roma á pedir la absolucion de su censura; pero queriendo el cielo castigar su enorme delito, murió infelizmente á manos de unos ladrones. En vista de este escarmiento, procuró el rey Alfonso dar á todo el mundo un testimonio público de su arrepentimiento: convocó á muchos obispos y varones religiosos, y habiendo confesado ante ellos lo mal que habia procedido en auxiliar el injusto despojo de Raimundo, dijo: *Pero ahora temiendo el juicio de Dios, confirmo á Pedro, obispo de Roda, y á todos sus sucesores todos los derechos que le competen á la silla de Barbastro, en virtud de los establecimientos hechos por mi padre y hermanos, confirmados por la Santa Sede.*

Quiso Gaufrido, sucesor de Raimundo, colocar las reliquias de su santo predecesor en lugar mas decente, con las de otros santos que estaban enterrados fuera de los muros de Roda en varios huertos, donde los ocultaron los cristianos en la irrupcion de los moros. Convocó para la solemnidad de aquel acto religioso á muchos obispos, abades, nobles y personas distinguidas de los pueblos vecinos, y con asistencia de tan lucido concurso se trasladaron las del ilustre prelado en el dia 16 de noviembre de 1143 á un sepulcro de mármol, que se colocó en el altar mayor de la

iglesia de Roda, donde se ha dignado Dios obrar muchos milagros, que justificados en forma, y remitidos á Roma, se obtuvo la canonizacion del siervo de Dios verosimilmente por el papa Inocencio II á los diez años despues de su muerte.

SAN EUSEBIO, OBISPO DE SAMOSATA, MÁRTIR.

ESTA ciudad, capital de Comagenes en Siria, llamada ahora Sempstat, fué una silla episcopal antiquísima bajo el metropolitano de Hierápolis. Por destino de la Providencia divina fué S. Eusebio colocado en ella á un tiempo en que todos los obispos circunvecinos estaban ocupados de arrianos, que fué en el año de 361. En el mismo asistió á un concilio en Antioquia, compuesto la mayor parte de arrianos, estando en aquella ciudad el emperador Constancio. S. Eusebio concurrió y esforzó acérrimamente la eleccion de S. Melecio, patriarca de Antioquia, porque estaba muy seguro de su zelo por la fe ortodoxa. Era tal la opinion que los mismos arrianos tenian formada de la virtud de S. Eusebio, que aunque conocian que era un enemigo irreconciliable de su herejía, ponian en su probidad una entera confianza. Por esta razon fiaron á su prudencia la acta sinódica de la eleccion de S. Melecio. A pocos dias de esto, provocados sumamente del fervor con que Melecio predicaba la fe del concilio Niceno en el primer discurso que hizo al pueblo, principiaron á pensar en quitarle de en medio, y á solicitudes de los herejes envió el emperador Constancio un oficial suyo á Eusebio para que le quitase á éste la acta de aquella sinódica eleccion. El Santo respondió que él no podia entregarla sin el consentimiento unánime de los que la habian puesto en sus manos: el oficial le amenazó con que le cortaria la mano derecha si se resistia á entregarla, ó rehusaba cumplir las órdenes del emperador. El Santo estendió no solo su derecha sino su izquierda tambien, diciéndole que bien podia cortárselas ambas; pero que él de modo ninguno consentiria en una accion tan injusta. Tanto el oficial como el emperador admiraron su heroicidad, y elogiaron una accion tan grande, aunque trastornaba todos sus proyectos. Algunos tiempos no se negó S. Eusebio á asistir á los conciliabulos y conferencias de los arrianos por mantener contra ellos la verdad; pero viendo que ya su conducta escandalizaba á algunos, rompió toda comunicacion con ellos en las materias eclesiásticas despues del concilio de Antioquia, celebrado en el año de 363, en el reinado de Joviano. En el de 370 asistió á la eleccion de san Basilio, arzobispo de Cesarea, y contrajo una amistad estrechísima.

ma con aquella columna de la fe y de la virtud. Tan admirable fué el zelo de nuestro Santo y tan brillante el lustre de su santidad, que S. Gregorio Nacianceno en una carta que escribió por aquel tiempo, le llama columna de la verdad, luz del mundo, instrumento de los favores de Dios para su pueblo, sustentáculo y gloria de todos los católicos.

Cuando principió á enfurecerse la persecucion de Valente, no contento Eusebio con precaver á su grey contra el veneno de la herejia, hizo varios viajes por la Siria, Fenicia y Palestina, disfrazado en hábito de oficial, para fortalecer en la fe á los católicos, ordenar presbíteros donde hacian falta, y ayudar á los obispos ortodoxos á llenar las sillas vacantes de pastores dignos y zelosos. Su zelo daba cada dia nuevos golpes al partido arriano; de suerte que en el año de 374 el emperador Valente envió una órden para que fuese desterrado á Tracia. El mensajero imperial llegó por la tarde á Samosata, significó al obispo las órdenes del emperador, el cual le suplicó guardase el secreto, diciéndole: «que si lo llegaba á entender el pueblo, era tal el zelo de todos por la fe, que se levantarían contra él, y podia su muerte ir á cargo del prelado.» El santo obispo celebró el oficio nocturno segun acostumbraba, y luego que todos fueron en busca del descanso, salió con un criado de confianza hasta el Eufrates, que corre por bajo de los muros de la ciudad, donde embarcándose en un pequeño bajel sulcó las aguas rio abajo hasta Zeugma, que está unas setenta millas distante. A la mañana se estendió el rumor de la noticia, y en un momento se vieron cubiertas las riberas del rio de bajeles y botes en busca suya. Cogieronle en efecto en Zeugma, y le suplicaron que no les dejase en la boca de aquellos lobos. Mucho le conmovieron al Santo sus ruegos, pero viéndose en la necesidad fatal de obedecer, les exhortó á tener en Dios confianza. Ofrecieronle dinero, esclavos, vestidos y toda especie de provisiones; pero no quiso aceptar cosa de consideracion, y encomendando á Dios á su amada grey prosiguió su jornada á Tracia. Los arrianos intrusaron á un tal Eunomio en su silla, no el famoso heresiarca de su nombre, sino un hombre de gran moderacion. Con todo el pueblo lo resistió, y el concilio de la ciudad y los magistrados mas que todos los demás: no habia un solo habitante, pobre ni rico, viejo ni mozo, eclesiástico ni secular, que quisiera verle; y bien fuese en la iglesia, bien en su casa, ó últimamente en los sitios públicos, siempre estaba solo el infeliz prelado. Disgustado de esta situacion, se retiró de la ciudad, y dejó al pueblo gozar de su libertad. Los herejes pusieron en lugar de aquél á un tal Lucio, hombre vio-

lento, que desterró al diácono Evolcio al desierto de Oasis al otro lado de Egipto, á un sacerdote llamado Antioco á un remoto clima de Armenia, y á otros á diversas partes solitarias y temibles. Sin embargo de esto no pudo granjearse un amigo para su partido. La conducta del pueblo era la misma que habia sido con Eunomio; de cuya verdad se da un ejemplo en que pasando un dia por un sitio público en que estaban jugando algunos muchachos, tocó la pelota en un casco de la mula, y como si por esto hubiera quedado impura, ó inquinada ó poluta, la arrojaron al fuego. Devastaron los godos á Tracia en el año de 379, y para escapar de sus crueldades consiguió licencia Eusebio para volver á su silla; pero esto fué para coronar sus penas con el martirio. De ningun modo parecia abatido ni amedrentado con su destierro, sino aun mas infatigable que antes en sus esmeros por defender á su iglesia. Cuando la muerte de Valente puso fin á su persecucion en el año de 378, habia el Santo viajado por varios paises, procurando que las sillas vacantes se fuesen ocupando de pastores católicos. Esto tuvo efecto en Berea, Hierápolis y Ciro. En Dolicha, pequeña ciudad episcopal en Comagenes, cuarenta y una millas distante de Samosata, fué ordenado obispo por direccion y á diligencias suyas un tal Mario. Como toda la ciudad se componia de obstinados arrianos, S. Eusebio quiso acompañarle á ella cuando fué á tomar posesion de su silla. Una mujer arriana que le vió pasar por la calle le tiró una teja desde lo alto de una casa, le cayó sobre la cabeza, y á pocos dias murió el Santo de la herida, en el año de 379, ó 380. En sus últimos momentos, á imitacion de su divino Maestro, obligó á sus amigos con juramento á no perseguir en tiempo alguno á su asesina, ni á sus cómplices; y es honrado por los griegos en el dia 22, y por los latinos en el 21 de junio.

SAN PALLADIO, ARZOBISPO DE EMBRU DE LA PROVINCIA DE ALVERNIA, CONFESOR.

SAN Palladio fué natural de Embru, ciudad de la antigua provincia de Alvernia del reino de Francia, hijo de padres nobles y católicos. Ya desde su tierna edad mostró lo que habia de ser por el tiempo venidero, porque tenia en poco las cosas de este mundo aplicándose del todo á las del servicio de Dios, como se lo habia enseñado el arzobispo de la misma ciudad.

Aconteció que los herejes echaron de Embru al arzobispo, el cual se fué, como desterrado, á Viena, y Palladio le quiso acompañar en su destierro. Llegando á la dicha ciudad de Viena fue-

ron benignamente recibidos por S. Avito, obispo de ella, donde estuvieron muchos años ejercitándose en obras santas y tocantes al servicio de Dios.

Murió, segun se entiende, el arzobispo de Embru, y quedó elegido en su lugar el bienaventurado S. Gallicano, el cual habiendo vivido poco en el cargo, fué elegido despues con grande aplauso y consentimiento de todos, así seglares como eclesiásticos, el bienaventurado S. Palladio. Hizose esta eleccion ciertamente por inspiracion del Espíritu Santo, porque segun contaba él á sus discipulos, todo lo que habia de hacer, tratar ó enseñar, le era revelado por los ángeles, que nunca se apartaban de su compañía.

Era este gran siervo de Dios muy fervoroso en la oracion, y tan dichoso en ella que todo cuanto pedia alcanzaba. Tenia grande caridad con los pobres, y sustentaba de sus rentas muchos huérfanos y viudas. Y de tal suerte socorria á los peregrinos, extraños y á otras personas pobres, que nunca alguno le pidió limosna que se fuese sin ella. Fué devotísimo de la pasion de Cristo nuestro bien, y así con la santa señal de la cruz venció muchas veces al demonio. Tuvo espíritu de profecia, porque mucho antes de morir dijo el dia de su muerte, y profetizó tambien la del bienaventurado S. Sigismundo, rey de Borgoña, y la destruccion de su reino: el cual sin duda le trató pues estuvo en casa de S. Avito, arzobispo de Viena y maestro de S. Sigismundo.

Vivió en el arzobispado por espacio de cinco años, y en este tiempo hizo fabricar en su iglesia metropolitana cinco altares para honra y gloria de Dios. Fué su gobierno santísimo y muy acertado, porque teniendo aviso de las faltas de sus feligreses por los ángeles, fácilmente acudia á poner el remedio conveniente. Ofendíase muchísimo de cualquier cosa por mínima que fuese, como tocase á la honra de Dios.

Finalmente habiendo vivido santísimamente, quiso su divina Majestad premiarle sus trabajos quitándole la vida corporal y dándole por ella la vida eterna. Murió el año del Señor 518, reinando en Francia Childeberto, Clotario y Teodorico, hijos de Clodoveo.

Rézase de este santo confesor en Camprodon, obispado de Gerona, en Cataluña; nombrándole en la colecta de la misa y oficio divino.

Celébrase su fiesta en tal dia como hoy, que es el dia de la traslacion de su santo cuerpo, cuando de Francia, donde estaba sepultado, fué traído á Camprodon. Lo trajo un monge de la orden de S. Benito del monasterio de la Portella del obispado

de Vich, y quedóse en Camprodon milagrosamente. Porque llegado que hubo allí no fué posible pasar mas adelante, y así fué solemnemente puesto en el monasterio de S. Pedro de la dicha villa, que es de la misma orden. Sus reliquias están guardadas en una arca de plata, las cuales acostumbran mostrar con gran solemnidad al pueblo el dia de su fiesta.

Ha obrado Dios por intercesion de S. Palladio grandes milagros, así en vida como despues de muerto. Los breviaros antiguos de los obispados de Gerona y Barcelona cuentan, que yendo un dia á un castillo llamado Alagon no léjos de la ciudad de Embru, súbitamente cayó una peña grande, la cual amenazaba dar sobre el Santo. Levantó él la mano, y haciendo la señal de la cruz contra ella, obedeció aquella criatura insensible, como si tuviera uso de razon, y se desvió por otra parte, y este fué el primer milagro que se divulgó por la ciudad. Habia en Embru un hombre puesto en el artículo de la muerte, y tan desmayado que no podia tomar cosa alguna. Acudieron al Santo, el cual echando su bendicion á un pedazo de pan, mandó le diesen á comer de él. Hizose así, y en habiendo gustado el enfermo del pan se halló libre de la enfermedad. Cierta doncella tenia un brazo emponzoñado, por haberla mordido un escorpion, y estando afligida y con gran peligro de la vida, acudió al siervo de Dios para que le valiese, el cual se puso en oracion, y luego despues de ella fué la doncella curada.

Estos y otros milagros hizo el glorioso Santo en esta vida; pero los que ha hecho despues de muerto son innumerables, particularmente en la ciudad de Perpignan y villa de Camprodon. Recien traído su santo cuerpo á Camprodon, pusieron un niño muerto sobre el altar donde le tenian, y fué servido Dios resucitarle por sus méritos é intercesion.

Es este bienaventurado Santo abogado contra la tempestad y piedra; y hase visto tambien por esperiencia su poderosa intercesion en las enfermedades contagiosas. En los que padecen mal de ojos es un milagro continuado, poniendo una piedra del Santo sobre ellos, la cual se tiene por cosa averiguada es la que el Santo llevaba en su anillo. Los que se sienten con dolor de cabeza, poniéndose una medida que haya tocado la cabeza del siervo de Dios, hallan alivio ó se ven enteramente libres al instante. A las mujeres que tienen mal parto alcanzan gracia de nuestro Señor que luego sean libres, si con devocion le invocan. Finalmente es S. Palladio abogado contra toda clase de enfermedades.

Por los años de 1470 los franceses robaron con otras reliquias

el cuerpo de este Santo, cuando tomaron la villa de Camprodon y la saquearon, y fué llevado á Perpiñan, luego á Carcasona, y después trasferido al castillo de Belcaire cerca de Mompeller. Ultimamente, habiendo manifestado el Santo con reiterados y asombrosos prodigios que queria ser restituído á la villa de Camprodon, lo fué por la vizcondesa de la Valette, viuda del capitan detentor, el cual murió diciendo en presencia del rey de Francia, que su muerte era ocasionada por el pecado grande que habia cometido en detenerse por tanto tiempo el cuerpo santo de Camprodon, á pesar de las reiteradas inspiraciones y avisos que habia recibido para efectuarlo; y que por lo tanto suplicaba á su majestad le diese licencia para que pudiese hacer la restitucion. Concedió el rey la peticion, y él hizo luego testamento, en el cual mandó que el cuerpo de S. Palladio fuese devuelto á Camprodon. Fueron tres eclesiásticos y un jurado, y la vizcondesa les entregó con las reliquias del Santo la santa Vera-Cruz, la espina de la corona de Jesucristo nuestro Señor con lo demás que tenia de aquel lugar.

En entrando las reliquias por Cataluña las campanas de cada lugar por donde pasaban, se tañian por sí mismas, y de esta suerte fué restituído el bienaventurado S. Palladio al monasterio de S. Pedro de Camprodon, y recibido en él con toda solemnidad. (*Domenech, historia de los Santos de Cataluña.*)

La misa es en honra de S. Luis Gonzaga, y la oracion la que sigue:

O Dios, repartidor de los dones celestiales, que juntaste en el angelical mancebo Luis una grande inocencia de alma con una maravillosa mortificacion de su cuerpo; concédenos por su intercesion y por sus merecimientos, que imitemos en la penitencia por nuestras culpas al que no hemos imitado en la inocencia de la vida. Por nuestro Señor, etc.

La Epistola es del cap. 51 del Eclesiástico, y la misma que el dia XII, pág. 200.

REFLEXIONES.

Bienaventurado aquel que no corrió tras el oro, ni esperó en los tesoros del dinero. Hasta la felicidad de esta vida es herencia únicamente de los pobres evangélicos; porque de los ricos que ponen su confianza en sus tesoros nunca se apartan los cui-

dados, los desasosiegos, los temores, los sustos, las inquietudes y las zozobras. ¡Qué mayor prueba que la avaricia! Ella hace vivir y morir como si se padeciera la mayor necesidad. El avariento parece pobre, y efectivamente lo es; porque ó ya le hurte sus bienes un ladron, ó ya le prive del uso de ellos su insaciable pasion, aunque los principios de la pobreza sean diferentes, los efectos siempre son unos mismos. Al avariento no le aprovechan mas sus tesoros, que al pobre su indigencia. *Divites equerunt, et esurierunt.* (*Psalm. 33.*) Se puede decir, que el avariento tiene el dominio de sus bienes, sin gozar el usufructo. ¡Qué digno de compasion es el que está tiranizado de tan vergonzosa pasion! Parece que hay en eso cierta especie de fascinacion ó de encanto. ¡Tan irracional y tan servil es el ciego amor que el avariento profesa á su tesoro, y el furioso apego de su corazon á él! Es menester que la muerte arranque el alma del cuerpo, para que su corazon se desprenda del dinero. ¡Qué vicio tan vergonzoso para un hombre que tenga no mas que un poco de honor! cuanto mas para un cristiano, que por su misma religion está obligado á no tener mas apego á los bienes de la tierra, que si no los poseyese: *Tamquam non possidentes.* Pero si, á lo menos, abriese los ojos un avariento, y se hiciese mas racional, considerando el ridiculo papel que representa en el mundo, no seria sin remedio su enfermedad; pero enfermos de esta especie pocas esperanzas dan de sanar: *Audiebant omnia hæc pharisæi, qui erant avari, et deridebant.* (*Luc. 16.*) No hay pasion menos dócil; como se cria en la oscuridad, envilece el corazon y abate el espíritu; acostumbrada á ser objeto del desprecio, se la da poco de las risibles escenas que representa. Todas las cosas concurren á hacer infeliz á un avariento; la abundancia irrita mas su pasion; la carestía le sobresalta; la medianía le altera y le pone de mal humor. De todas estas inquietudes libra la pobreza evangélica; ella sola arranca todas las espinas, ó las embota las puntas para que no piquen, igualando y facilitando el terreno. Equivócase mucho el que imagina que turba la tranquilidad, que causa mil inquietudes, y que pone la virtud en terribles pruebas; nunca está el alma mas tranquila, nunca mas contenta, que cuando siente en sí este voluntario y universal desasimiento. Está entonces Dios como obligado á proveernos en todas nuestras necesidades; y haciéndose el sacrificio de todos nuestros bienes, se ponen como á censo, por decirlo así, sobre el mismo Dios, quedando hipotecada su misma omnipotencia; de manera, que todos los bienes que tiene Dios quedan como obligados á los pocos que nosotros le sacrificamos.

¿Con estas condiciones, se podrá ya tener lástima de un pobre de Jesucristo?

El Evangelio es del cap. 22 de S. Mateo.

En aquel tiempo: Respondiendo Jesus, dijo á los saduceos: Errais no entendiendo las Escrituras ni el poder de Dios. Porque en la resurreccion ni los hombres ni las mujeres se casarán, sino que serán como los ángeles de Dios en el cielo. Y en orden á la resurreccion de los muertos, ¿no habeis leído lo que Dios afirmó, diciéndoos: Yo soy el Dios de Abraham, y el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob? No es Dios de los muertos, sino de los que viven. Oyendo esto las turbas, admiraban su

doctrina. Pero los fariseos sabiendo como habia hecho callar á los saduceos, se juntaron; y uno de ellos, doctor en la ley, le preguntó para tentarle: Maestro, ¿cual es el grande mandamiento en la ley? Respondióle Jesus: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazon, con toda tu alma, y con todo tu espíritu. Este es el mandamiento máximo y el primero. El segundo es semejante á este: Amarás á tu prójimo como á tí mismo. De estos dos mandamientos pende toda la ley y los profetas.

MEDITACION

De la inocencia.

PUNTO PRIMERO.—Considera que no hay cosa mas preciosa que la inocencia: en ningun tiempo la hay mas delicada, en ninguno mas frágil; y se puede añadir, que tampoco la hay mas rara en nuestros días. Nada hay que se deba conservar con mayor cuidado y vigilancia, y nada á que se apliquen menos precauciones para conservarse. Tenemos este tesoro en vasos de tierra; es una luz que un leve soplo la apaga; sin ella nos quedamos en tinieblas. La inocencia es la que da lustre y valor á todos los demás talentos. La hermosura y el mérito de la inocencia se ha de conocer por los tristes efectos, y por la fealdad del pecado. ¿Qué es el nacimiento ilustre? ¿qué son las riquezas? Todas las conveniencias del mundo, todas las prendas imaginables del alma y cuerpo nada son sin aquel bello realce: *Nomen habes quod vivas* (decia el ángel del Apocalipsi) *et mortuus es*. Los grandes nombres, los títulos pomposos, las altas dignidades, los empleos elevados, las clases distinguidas; considera todo esto en un ataúd, ó en un hombre que ya murió. *Mas vale un perro*

vivo, que un leon muerto, dice el Eclesiástico. El alma inocente y pura, no como quiera es grata á los ojos de Dios, sino que la quiere, la ama, la admite á que tenga parte en sus gracias y favores; y como la ennoblece la gracia santificante, el precio de la sangre y de los méritos de Jesucristo, es verdaderamente estimable, enriqueciéndola aquel mismo fondo que colma de bienes y de alegría á los bienaventurados en la gloria. Si hay alguna cosa que nos pueda acercar de alguna manera á aquel dichoso estado, á aquella edad de oro, y á aquella noble constitucion en que fué criado el primer hombre, es la inocencia; las pasiones la respetan; reina la razon en el alma inocente sin tumultos ni facciones; domina la fe sin nubes; triunfa la religion sin combates, y hasta el infierno la venera, porque está mirando en ella una imágen, un retrato de Dios, que solo borra y desfigura el pecado. Esta es aquel hermoso cingulo que aprieta los riñones; esta aquella lámpara encendida con la cual se está esperando tranquilamente al Señor cuando vuelva de las bodas, pronta el alma para abrirle inmediatamente que toque á la puerta, y con la cual será siempre bien recibida. ¡O buen Dios! ¿donde hay tesoro mas precioso que el de la inocencia?

PUNTO SEGUNDO.—Considera lo poco que se estima este precioso tesoro, cuando se le arriesga tan sin temor, y se pierde tan sin dolor. ¿Considerase hoy la inocencia como una gala de mucho valor? ¿consérvase con mucho cuidado esta piedra preciosa? Y si alguna vez se pierde, ¿se hacen prontas y esquisitas diligencias para recobrarla? Ah, todos convienen, todos asientan que ninguna cosa corre mas peligro en el mundo que la inocencia. ¿Pero qué se hace para conservarla? ó por mejor decir, ¿qué no se hace para perderla? No se ignora que el mundo está lleno de enemigos de la inocencia; que en él todo es escollos, todo lazos; y en medio de eso á todo se espone el alma sin defensas ni precauciones. Sábese que no hay cosa mas delicada; confiéscase que el aire del mundo es contagioso; ¿pero qué preservativos se aplican contra el contagio? Espónense todos á las concurrencias mundanas; córrese á los espectáculos; ¿pero se vuelve á casa con la inocencia que se sacó de ella? A vista de objetos á cual mas tentadores; en medio de tantos peligros; entre golpes de viento tan furiosos, ¡ninguna caida! ¡ningun tropiezo! ¡ningun naufragio! ¡Ah, Señor, qué ceguedad! ¡qué desdicha! ¡Y luego nos admiraremos de que sea tan rara la inocencia! ¡de que sea tan universal la corrupcion de las costumbres! ¡de que el número de los escogidos sea tan corto! Imi-